

PRIMER DOMINGO DE PASIÓN

6 de abril de 2003

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

En este primer domingo de Pasión, la Iglesia nos invita a asociarnos, a asimilarnos, a que nos identifiquemos con nuestro Señor inmolado.

El holocausto de nuestro Señor es una realidad fundamental de la religión católica; el grave problema interno de los católicos, de nosotros, de los fieles, es que no queremos ser sacrificados como lo fue nuestro Señor. De ahí deriva el gran drama, la gran traición y hasta diría la gran apostasía; sin hablar del enemigo exterior. Hablo del adversario interior, de ese rechazo, del avance anticristiano del alma que no quiere dejarse inmolar a imagen de nuestro Señor. De ahí la falta de santidad, de sacrificio, de oración; por eso también la perfidia y en el fondo, el fariseísmo a lo largo de los siglos entre los católicos, entre de los fieles, en el clero, por no querer aceptar la Cruz como modelo de vida diario.

Nos pasamos criticando al vecino, hablando mal de todo el mundo sin soportar ni el menor desaire, desprecio, contradicción, tribulación, enfermedad ni nada. Entonces, ¿qué diablos queremos ser?, ¿unos católicos de fantasía, de pura pantalla?; esa es la realidad a lo largo de los siglos; esa es la miseria de cada uno de nosotros, que nos creemos muy buenos, muy católicos, muy santos y sólo somos unos miserables, egoístas, hipócritas, que lo único que queremos es vivir bien, cómodamente, y eso no debe ser.

Justamente porque no debe ser, nuestro Señor quiere, al final de los tiempos, acabar con esa fantasía, con esa ficción, con ese fariseísmo; por eso está permitiendo que se acrisole la Iglesia, para que toda esa escoria caiga y queden aquellos que son los verdaderos católicos fieles, aunque sean sólo cuatro o cinco. Por eso, esta crisis por la que está pasando la Iglesia en estos últimos tiempos, este gran desastre y descalabro religioso; por esto este gran cisma dentro de la Iglesia.

Por todo eso, en este domingo de Pasión, debemos, en consecuencia, no solamente pensar en la Pasión de nuestro Señor hace más de dos mil años, sino en el valor profético y apocalíptico de la Cuaresma, de la Pasión de la Iglesia al fin de los tiempos. Porque no es solamente un pasado sino un futuro que se hace presente; no hay primera venida sin la segunda, y no hay la Pasión de nuestro Señor sin la de la Iglesia, su Cuerpo Místico. Ese valor apocalíptico no ha sido desgraciadamente manifestado debido a la predicación mediocre de un clero de baja categoría

espiritual; duele decirlo, pero así es. Porque el sermón no es para que el sacerdote diga tonterías, lo que se le ocurra, o para que distraiga a los fieles, es para que manifieste las verdades y los misterios de Dios y para que sepa alertar al pueblo fiel y sepa defender su fe. Y hoy eso es más apremiante que nunca, porque no sabemos qué pueda pasar.

Aquí estamos todavía muy cómodos, con la Misa diaria, incluyendo los domingos, pero despreciada porque muy pocos vienen. Qué tal cuando no la tengan, cuando no tengan quién les predique; vamos a ver cómo es que van a salvar ustedes solos su fe; ahí se va a probar la persistencia, la calidad de cada uno. No van a tener al cura ahí al lado para que les lleve el Santísimo, para que les lleve la Extremaunción y ¿qué van a hacer entonces? Pues justamente para eso tenemos que estar preparados todos y cada uno.

Hoy, el principal deber del sacerdote es mostrarles a los fieles esa situación para que no transijamos en la hora de la gran persecución; para que tengamos alma de mártires y podamos así rendir y tributar verdadero culto a Dios. Veo que los fieles, los que se dicen tradicionalistas, no están preparados; y da pena decirlo, pero la culpa quizás sea también de nosotros, que no sabemos prevenirlos por un miedo estúpido, porque da temor hablar de persecución, de apocalipsis; he oído más de una vez entre gente de la cúpula de la Fraternidad: “No hay que hablarles a los fieles de esas cosas para no asustarlos”.

Dejémonos de tonterías, la verdad no asusta, nos fortifica, nos santifica y nos salva y hay que estar prevenidos y no creer en una gran reconquista del mundo.

Ya pasaron los tiempos de reconquista del mundo; ahora lo que corresponde es atrincherarse en la verdad, afianzarse en la Tradición sacrosanta de la Iglesia y mantener lo que hemos recibido sin hacernos fantasías estúpidas de conquistas quijotescas que no tienen nada que ver con el contexto histórico que estamos viviendo. Lo digo porque hay una corriente dentro de la misma Fraternidad heredada de una falsa espera que viene de mucho tiempo atrás, y que quiere desvirtuar todo lo que tenga una connotación apocalíptica.

Quien no quiera creer lo que digo, pues que se remita a todos los verdaderos mensajes y apariciones de nuestra Señora desde hace más de ciento cincuenta años; examinemos si no son todos y cada uno apocalípticos; recordemos esa obra aparentemente insignificante pero de gran valor, de monseñor Cadavid, quien en el año 1953 escribió una recopilación de todas esas manifestaciones de nuestra Señora: La Salette, la Medalla Milagrosa, Fátima, Siracusa, encuadradas todas dentro de ese marco o contexto apocalíptico.

El eclipse que vemos hoy, nuestro Señor y las imágenes cubiertas, prefigura apocalípticamente el de la Iglesia que ya nuestra Señora en La Salette profetizó: que la Iglesia y la verdad serán eclipsadas; existe, pero no se ve. Y ¿acaso no está apagada hoy la Iglesia, mis estimados hermanos? ¿Dónde está el verdadero culto, la verdadera fe, la verdadera profesión de fe? ¿Dónde brilla, dónde reluce? En ninguna parte, salvo allí en algunos cuantos lugares donde se guarda la sacrosanta Tradición, como en esta santa capilla, y se acabó, paremos de contar. Ni siquiera los curas más fuertes, porque se asustan con el nombre de monseñor Lefebvre, gran paladín del siglo XX, cual un San Atanasio.

Esa es la triste realidad que nos toca vivir, por eso debemos estar preparados para lo que vendrá. Y nuestra única esperanza, la que nos mantendrá de pie, será entonces la de pensar en la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. Segunda venida que hoy tenemos olvidada y que cae en manos de quienes desgraciadamente manipulan y tergiversan ese dogma de fe.

Todas las sectas protestantes, como los Testigos de Jehová, tienen como resorte esa venida, ese reino, pero lo malinterpretan, lo desvirtúan.

Es peor con los católicos, que desconocen paladinamente esas verdades. Porque nuestro Señor vendrá a rescatar su Iglesia profanada, ultrajada como la novia que es arrebatada y llevada lejos de su esposo pero que éste al fin y al cabo la rescata. Por lo mismo habla también San Agustín de esa especie de envejecimiento de la Iglesia al final de los tiempos, que parecerá como marchitada, despreciada, abandonada.

Todo esto nos deben servir para que lejos de escandalizarnos de la Pasión de la Iglesia saquemos de allí la fuerza espiritual para tener más fe en ella, única arca de salvación; para que no nos dé vergüenza venir aquí, porque a mucha gente le apena, y eso que saben muy bien que aquí está la verdad. No nos sonrojemos de ser lo que somos, agradezcámosle a Dios esa gracia de permanecer fieles a la sacrosanta Tradición que es un signo de la apostolicidad de la Iglesia.

La nueva Iglesia ecumenista no es católica ni apostólica ni romana; es una pseudo Iglesia, una contraiglesia, es verdaderamente la sinagoga de Satanás que ha adulterado la Iglesia y para ello se ha servido de un concilio ecuménico que es un contrahecho; ya lo dije y vuelvo a repetirlo. Porque es un absurdo teológico, doctrinal y de fe concebir un concilio legítimo y verdaderamente ecuménico que no sea infalible “ipso facto”; al igual como no puede ser disoluble un verdadero matrimonio; es de lamentar que hasta ahora esto no se haya dicho.

Lo anterior demuestra ceguera doctrinal, porque ese es el argumento más eficaz, ya que un Papa no puede convocar un concilio ecuménico y declararlo meramente pastoral, es decir, no infalible.

Es absurdo, él podrá sólo personalmente querer o no ser infalible ex cátedra, pero no puede él, ni ninguno de los obispos, reunirse en un concilio ecuménico que no sea infalible. Eso es un adefesio, un monstruo y eso explica los desastres en nombre del Concilio Ecuménico Vaticano II, que pasará a la historia como el gran conciliábulo donde el humo infernal penetró la Iglesia. Por eso Pablo VI de algún modo lo expresó, no por convicción propia, sino quizás obligado e impulsado por el Espíritu Santo. No le daba vergüenza a él siendo Papa, perplejo, preguntarse por dónde había entrado el humo del infierno en la Iglesia, cuando miserablemente él mismo le abrió las puertas a Satanás. Hay que ser cínico, perverso e hipócrita como buen judío, porque parece que ese fue su origen, como lo es también por su madre el del actual Papa; y no serían ellos dos los primeros infiltrados, pues ya los hubo. Y aunque no fueran judíos han actuado peor que si lo fueran, que es lo más grave.

Por todo ello estar prevenidos, lo cual requiere un mínimo de cultura, de conocimiento de lo que ha sido la historia de la Iglesia, una base cultural. El católico es un hombre de elite; pobre o rico, no puede ser un ignorante; eso del católico inculto no existe en la Iglesia, y el que vive en el analfabetismo, entonces pasará a ser un protestante. La mayoría de los protestantes de Colombia son incultos e imbéciles que se pasan al enemigo por falta de instrucción. El católico debe conocer al dedillo su catecismo que es teología, que es doctrina; y debe vivir meditando las verdades de Dios sin creer que la religión es mera beatería tonta; eso no es religión, señoras y señores. Ya es hora de que nos demos cuenta y tomemos cada uno nuestra responsabilidad delante de Dios Eterno. Porque ahí nos estamos jugando el alma, la vida eterna. Cristo no es juego.

Dios no quiere que las iglesias sean concentraciones donde la gente se va a mostrar; ya Dios está cansado de tanta estupidez. Lo que Él quiere es lo que siempre ha querido: que le adoremos en espíritu y en verdad. Que cada uno de nosotros se considere un miserable y no que porque estamos engalanados nos sintamos como pavos reales que entran a la iglesia luciéndose, saludando, mirando al uno, al otro; ¡qué estupidez! Se viene a la iglesia a saludar a Dios y a los fieles se les saluda afuera, en la calle; por eso en la iglesia no se habla; se reza, se ora.

Que todo esto se nos quede marcado en el corazón para que podamos mantenernos así en la fidelidad a la verdad, para que veamos esta Pasión en la Iglesia y en nosotros que nos toca sufrirla nos guste o no; a menos que claudiquemos. Por eso muchos se van, porque no quieren inmolarse en esta Pasión de nuestro Señor Jesucristo en su Cuerpo Místico, la Iglesia, por obra de la jerarquía de la Iglesia. Así como Anás y Caifás fueron los responsables de la crucifixión de nuestro Señor siendo sumos pontífices, la historia se repite por mano del sumo pontificado; por el gran misterio de iniquidad la Iglesia sufrirá al fin de los tiempos y soporta hoy su Pasión.

No basta decir “jerarquía, obediencia”, porque encima de esa autoridad está Dios y hay que obedecer primero a Dios que a los hombres cuando traicionan la Tradición y se convierten en supósitos de Satanás. El humo del infierno ha entrado en la Iglesia y no por eso nos vamos a volver

protestantes sino que vamos a seguir siendo católicos, apostólicos y romanos. No como esa sarta de cardenales en Roma, traidores a Jesucristo, que son unos Anás y Caifás judaizando la Iglesia católica. Por tal motivo a los verdaderos hijos de Dios, de la Iglesia, nos corresponde dar este testimonio y el que no lo quiera hacer no ha comprendido absolutamente nada de Cristo, de la Iglesia ni de la religión católica.

Pidamos a nuestra Señora, a la Santísima Virgen María, que nos ayude a compenetrarnos con estas verdades para que así podamos testimoniar fidedigna, leal y humildemente nuestra fe y nuestro amor a la Iglesia y a nuestro Señor Jesucristo. +